

Cuadernos del Sur

Número 16 ■ OCTUBRE de 1993

Tierra  del fuego

jesús albarracín
pedro montes

El capital en su laberinto

Los debates de fondo

La última expansión cíclica del capitalismo ha sido más larga de lo que cabía esperar, pues se inició con la década de los ochenta y ha concluido con ella. No obstante, su intensidad ha sido sensiblemente menor que la registrada en la fase expansiva anterior a la crisis económica actual, ha ido acompañada de fuertes desequilibrios e inestabilidad, no ha permitido una recuperación de la tasa de beneficio suficiente para alcanzar los niveles previos a la crisis y ha desembocado en una nueva recesión cuya gravedad está por determinarse. A pesar de ello, ¿se están creando las condiciones para una fase expansiva de larga duración?

Para la explicación tradicional se requiere un aumento sustancial de la tasa de beneficio para remontar la fase recesiva que sólo se puede producir si la lucha de clases lo permite. Pero, para algunos, éste es un falso criterio porque se están produciendo transformaciones internas muy significativas en el seno del sistema que están creando, paulatinamente, las condiciones para que el capitalismo se adentre en una etapa de relativa estabilidad económica y social. Para estos autores, nos encontramos en un período transitorio entre la fase recesiva y la expansión de la onda larga. Aunque de una forma relativamente novedosa, el debate sobre la salida endógena o exógena de la crisis vuelve a estar sobre el tapete.

La última expansión cíclica del capitalismo a escala internacional ha sido larga, pero su intensidad, en términos de crecimiento del PIB y

de acumulación, ha sido sensiblemente menor que la que se registró en la fase expansiva de la onda larga que precedió a la crisis iniciada en 1973. El PIB de los países de la OCDE creció durante el período de 1983-1989 el 3,6% al año, para caer en 1990 y 1991 al 2,6 y 1,1%, respectivamente, mientras que de 1960 a 1973 la tasa anual media fue del 4,9%. Y esto es así, tanto para el conjunto de la OCDE como para cada uno de los principales bloques imperialistas.

Los motores de la recuperación cíclica

La recuperación se ha producido en unas circunstancias ventajosas que no se pueden repetir en los años venideros. En primer lugar, la economía mundial contó con el impulso de la expansión norteamericana que, incurriendo en un enorme déficit exterior, impulsó la exportaciones del resto de los países, facilitando la recuperación de éstos. La balanza por cuenta corriente de Estados Unidos pasó de un superávit de 7.000 millones de dólares en 1981 a un déficit de 160.000 en 1987, el 3,6% de su PIB. Este déficit exterior se reflejó en un aumento sustancial del déficit público, que ha permanecido durante el período 1982 a 1988 por encima del 3% del PIB. En segundo lugar, la caída de los precios de las materias primas entre 1982 y 1986 y el brusco descenso del precio del petróleo en 1985 (de 27,4 dólares en 1985 a 15 en 1986, para la media del petróleo importado por los países de la OCDE), supusieron un sustancial trasvase de renta de los países productores a los países consumidores, que contribuyó a prolongar la recuperación. Por último, aunque el hecho no tenga la trascendencia de los anteriores, a raíz del crash bursátil de octubre de 1987, los gobiernos tomaron transitoriamente medidas monetarias expansivas para evitar el riesgo de que al desplome de los mercados financieros siguiese una recesión, que se apuntaba en algunos países. Este conjunto de factores ha desempeñado un papel importante, tanto en la intensidad del crecimiento de los años ochenta como, sobre todo, en su larga duración, de modo que el período tiene algo de irrepetible y de artificial.

La opinión anterior se refuerza si se analizan otro conjunto de rasgos de la evolución económica reciente. El fuerte endeudamiento en que han incurrido todos los sectores económicos en la mayoría de los países ha tenido el efecto de aumentar la demanda y sostener la actividad en el pasado, pero limita las posibilidades de expansión en el futuro. Los

déficits del sector público se han ido acumulando y al principio de los años noventa todos los países tienen una relación de endeudamiento del sector público/PIB sensiblemente más alta que antes de la recuperación. En la CEE esa relación ha aumentado en 15 puntos, pasando del 45% al 60%, con aumentos espectaculares en algunos países como Bélgica, Italia y Holanda, y en Estados Unidos el aumento también ha sido de 15 puntos. La mayor parte de los países están incurriendo todavía en déficit públicos y la carga de intereses ha crecido significativamente en muchos de ellos, lo que representa otra temor importante para la política fiscal. Se ha reducido, pues, el margen de maniobra de los países para adoptar una política fiscal expansiva. Otro tanto puede decirse de las empresas. La relación en sus balances entre los recursos propios y ajenos y su endeudamiento en relación con el PIB muestran un empeoramiento a lo largo de la década, a pesar de la recuperación de los beneficios que se ha registrado. Y, en fin, lo mismo puede decirse de las economías domésticas, cuyo endeudamiento en relación con la renta disponible se ha degradado acusadamente. Así, por ejemplo, entre 1980 y 1990, el endeudamiento de las familias ha aumentado en Estados Unidos desde el 77% de la renta disponible al 96%, en Japón del 58 al 92%, en Alemania del 76 al 87%, en Gran Bretaña del 48 al 105%. Cualquier recuperación cuenta, con este aumento del endeudamiento de todos los sectores económicos, con una limitación importante.

El reducido crecimiento de la productividad

El aumento del endeudamiento ha ido acompañado de una caída sensible del ahorro nacional, cuyo nivel es más bajo que el que se registró en la fase expansiva de la onda larga. Para los países que integran el Grupo de los Siete, frente a una tasa de ahorro neto del 13,5% del PIB en la década de los sesenta y de los setenta, en la de los ochenta ha sido del 10%. En el caso de las economías domésticas y empresas familiares, entre 1980 y 1990, la tasa de ahorro ha descendido en Estados Unidos desde el 7,3 al 4,3%, en Japón desde el 17,9 al 14,3%, en Francia del 17,6 al 12%, en Italia del 21,6 al 15,6%, y así al resto de los principales países, a excepción de Alemania. El retroceso del ahorro ha discurrido paralelo a una caída del nivel medio de la participación de la inversión en el PIB, lo que se ha traducido en una caída apreciable del aumento de la productividad. Frente a un aumento medio del 3,8% en el periodo 1960-73 para los países de la OCDE, el aumento ha quedado

de acumulación, ha sido sensiblemente menor que la que se registró en la fase expansiva de la onda larga que precedió a la crisis iniciada en 1973. El PIB de los países de la OCDE creció durante el período de 1983-1989 el 3,6% al año, para caer en 1990 y 1991 al 2,6 y 1,1%, respectivamente, mientras que de 1960 a 1973 la tasa anual media fue del 4,9%. Y esto es así, tanto para el conjunto de la OCDE como para cada uno de los principales bloques imperialistas.

Los motores de la recuperación cíclica

La recuperación se ha producido en unas circunstancias ventajosas que no se pueden repetir en los años venideros. En primer lugar, la economía mundial contó con el impulso de la expansión norteamericana que, incurriendo en un enorme déficit exterior, impulsó la exportaciones del resto de los países, facilitando la recuperación de éstos. La balanza por cuenta corriente de Estados Unidos pasó de un superávit de 7.000 millones de dólares en 1981 a un déficit de 160.000 en 1987, el 3,6% de su PIB. Este déficit exterior se reflejó en un aumento sustancial del déficit público, que ha permanecido durante el período 1982 a 1988 por encima del 3% del PIB. En segundo lugar, la caída de los precios de las materias primas entre 1982 y 1986 y el brusco descenso del precio del petróleo en 1985 (de 27,4 dólares en 1985 a 15 en 1986, para la media del petróleo importado por los países de la OCDE), supusieron un sustancial trasvase de renta de los países productores a los países consumidores, que contribuyó a prolongar la recuperación. Por último, aunque el hecho no tenga la trascendencia de los anteriores, a raíz del crash bursátil de octubre de 1987, los gobiernos tomaron transitoriamente medidas monetarias expansivas para evitar el riesgo de que al desplome de los mercados financieros siguiese una recesión, que se apuntaba en algunos países. Este conjunto de factores ha desempeñado un papel importante, tanto en la intensidad del crecimiento de los años ochenta como, sobre todo, en su larga duración, de modo que el período tiene algo de irrepetible y de artificial.

La opinión anterior se refuerza si se analizan otro conjunto de rasgos de la evolución económica reciente. El fuerte endeudamiento en que han incurrido todos los sectores económicos en la mayoría de los países ha tenido el efecto de aumentar la demanda y sostener la actividad en el pasado, pero limita las posibilidades de expansión en el futuro. Los

déficits del sector público se han ido acumulando y al principio de los años noventa todos los países tienen una relación de endeudamiento del sector público/PIB sensiblemente más alta que antes de la recuperación. En la CEE esa relación ha aumentado en 15 puntos, pasando del 45% al 60%, con aumentos espectaculares en algunos países como Bélgica, Italia y Holanda, y en Estados Unidos el aumento también ha sido de 15 puntos. La mayor parte de los países están incurriendo todavía en déficit públicos y la carga de intereses ha crecido significativamente en muchos de ellos, lo que representa otra temor importante para la política fiscal. Se ha reducido, pues, el margen de maniobra de los países para adoptar una política fiscal expansiva. Otro tanto puede decirse de las empresas. La relación en sus balances entre los recursos propios y ajenos y su endeudamiento en relación con el PIB muestran un empeoramiento a lo largo de la década, a pesar de la recuperación de los beneficios que se ha registrado. Y, en fin, lo mismo puede decirse de las economías domésticas, cuyo endeudamiento en relación con la renta disponible se ha degradado acusadamente. Así, por ejemplo, entre 1980 y 1990, el endeudamiento de las familias ha aumentado en Estados Unidos desde el 77% de la renta disponible al 96%, en Japón del 58 al 92%, en Alemania del 76 al 87%, en Gran Bretaña del 48 al 105%. Cualquier recuperación cuenta, con este aumento del endeudamiento de todos los sectores económicos, con una limitación importante.

El reducido crecimiento de la productividad

El aumento del endeudamiento ha ido acompañado de una caída sensible del ahorro nacional, cuyo nivel es más bajo que el que se registró en la fase expansiva de la onda larga. Para los países que integran el Grupo de los Siete, frente a una tasa de ahorro neto del 13,5% del PIB en la década de los sesenta y de los setenta, en la de los ochenta ha sido del 10%. En el caso de las economías domésticas y empresas familiares, entre 1980 y 1990, la tasa de ahorro ha descendido en Estados Unidos desde el 7,3 al 4,3%, en Japón desde el 17,9 al 14,3%, en Francia del 17,6 al 12%, en Italia del 21,6 al 15,6%, y así al resto de los principales países, a excepción de Alemania. El retroceso del ahorro ha discurrido paralelo a una caída del nivel medio de la participación de la inversión en el PIB, lo que se ha traducido en una caída apreciable del aumento de la productividad. Frente a un aumento medio del 3,8% en el período 1960-73 para los países de la OCDE, el aumento ha quedado

reducido al 2% entre 1983 y 1990. En el sector empresarial, del 4,1% en aquél período, no se ha superado el 1,5% entre 1973 y 1990, siendo éste un fenómeno que afecta a todos los países salvadas las diferencias acusadas de niveles que existen entre ellos.

El menor crecimiento de la productividad es un rasgo importante del último período, pero debe matizarse que se ha registrado una diferencia muy marcada por sectores económicos. En la industria, núcleo de la producción del valor, el aumento de la productividad ha sido más alto que en los servicios, pero ese crecimiento, en contraste con el pasado, ha sido producto fundamentalmente de la disminución del empleo. El aumento del empleo se ha concentrado en el sector servicios, lo que ha hecho que la productividad del sector haya aumentado muy débilmente, revistiendo los puestos de trabajo una gran precariedad. Por lo demás, el paro se ha reducido en los últimos años -hasta fechas recientes en que de nuevo ha comenzado a crecer con la recesión en algunos países-, pero su nivel se mantiene en cotas muy altas, reafirmándose que cada ciclo coyuntural expansivo se inicia con un nivel de paro, en términos absolutos y relativos, superior. En la cúspide de la pasada recuperación, el desempleo azotaba a 25 millones de personas y en estos momentos son ya 28 millones los afectados. (N de R: La OCDE estima en 36 millones de personas el paro forzoso para 1994).

La inestabilidad internacional

La última recuperación ha ido acompañada de fuertes desequilibrios económicos internacionales. Como contrapartida del agudo déficit exterior americano, las balanzas de pago de Japón y Alemania han registrado intensos superávit. La brecha de estos desequilibrios se ha reducido en los últimos tiempos, pero los flujos financieros que tienen que producirse para saldar las balanzas corrientes no han disminuido, puesto que a las necesidades de financiación que suscita cada nuevo déficit han de sumarse las derivadas de la refinanciación de los saldos pasados en la medida en que no se han cubierto con recursos estables. Estos desequilibrios de la balanzas de pagos están en la base de la importancia creciente de los flujos financieros internacionales, pero la complejidad y las dimensiones que ha cobrado la esfera financiera transciende la magnitud de dichos desequilibrios. La internacionalización de los mercados de capitales y la eliminación de las restricciones -

desregulación de mercados- han creado una enorme burbuja financiera, en la que se despliega una hiperactividad, desconexa de la economía real, alimentada principalmente por la especulación. Adicionalmente debe recordarse que el problema de la deuda del Tercer Mundo dista de estar resuelto, a pesar de que se ha logrado desactivar y reducir los riesgos sobre los sistemas bancarios de los países acreedores, aunque, por otro lado, se ha agravado con la bancarrota de los países del Este.

Lo mencionado para los mercados financieros se puede hacer extensivo para los mercados de cambio, un terreno más donde ejercer la especulación. Los ochenta han sido testigos de una gran inestabilidad de los tipos de cambio. Al telón de fondo de los desequilibrios exteriores se une la fuerza de la especulación y la carencia de una moneda estable como base del sistema monetario internacional, todo lo cual contribuye y fomenta un clima de inseguridad económica internacional poco propicio para un desarrollo estable y firme de la acumulación del capital.

La limitada recuperación de la tasa de beneficio

Como se ha tratado de poner de manifiesto, el capitalismo está recorrido por graves problemas que ensombrecen los resultados obtenidos en la última década y levantan obstáculos a una pronta recuperación. Pero con respecto a las posibilidades de que esa recuperación represente además el inicio de una nueva onda expansiva, hay que resaltar que los logros en el pasado de una restauración de la tasa de beneficio han sido bastante limitados. En la CEE la recuperación a lo largo de los ochenta no ha sido suficiente para restablecer el nivel que existía a principios de los setenta. Esa recuperación se ha sustentado en el crecimiento del excedente derivado de la propia expansión económica y fundamentalmente de los efectos redistributivos de la renta que han logrado imponer los gobiernos, con mayor o menor resistencia de los trabajadores. Fruto de ella, los salarios directos han perdido participación en la renta nacional y los indirectos y diferidos han sufrido recortes derivados de la puesta en cuestión del Estado del Bienestar. No obstante, ni los salarios directos ni el Estado del Bienestar han retrocedido tan drásticamente como para restaurar la tasa de beneficio al nivel anterior a la crisis de los setenta. Los salarios reales han aumentado aunque sea levemente y se puede considerar irrelevante la disminución de los gastos públicos sin perjuicio de que se ha detenido la tendencia expansiva de los setenta.

Las transformaciones durante la crisis

Desde mediado de la década de los setenta, una serie de autores franceses han analizado la crisis desde una perspectiva novedosa. Reclamándose de todo o en parte de Marx, según quien sea el autor, tienen muy en cuenta las contribuciones de Keynes¹. Las aportaciones de esta corriente se encuentran muy dispersas y su heterogeneidad interna es muy grande, pero sus elementos comunes han hecho que estos autores se puedan agrupar en lo que se conoce como "escuela de la regulación". Recientemente el debate se ha enriquecido porque otros autores que se sitúan en el campo de análisis de las ondas largas y que sostienen el carácter exógeno del paso de la fase recesiva a la expansiva han incorporado una parte sustancial de los esquemas de los "regulacionistas".

Para estos autores, la recuperación sostenida de la tasa de beneficio no es el criterio para juzgar si la economía capitalista está saliendo de la crisis, sino el de si podrá alcanzar una estabilidad social, independientemente del nivel de la tasa de beneficio o del crecimiento económico, mediante nuevas articulaciones y nuevas regulaciones que le permitan conciliar sus contradicciones con un suficiente grado de consenso social y de eficacia económica. Y en este sentido, a lo largo de la última década se habrían producido cambios significativos. Estos se podrían esquematizar de la siguiente forma:

En primer lugar, se han producido transformaciones en la regulación de los salarios que pueden terminar desempeñando el mismo papel a mediano plazo que las derrotas de la clase obrera que se dieron en otras ondas largas recesivas. Antes se aceptaba que los salarios reales crecieran como la productividad, de forma que su participación en la renta se mantenga, ahora ha ganado legitimidad la norma de que en el mejor de los casos, solo mantengan su poder adquisitivo. Se acepta pues, el retroceso de la participación de los salarios en la renta nacional, esto es, el aumento de la tasa de explotación. Relacionado con esto, se ha producido una verdadera crisis del trabajo. Durante la fase expansiva, el empleo crecía porque la producción lo hacia más que la productividad y la jornada de trabajo se reducía. Ahora, el crecimiento de la productividad se está produciendo a costa del empleo y del mantenimiento de la jornada de trabajo. La crisis del empleo en los sectores productivos, el nivel del paro, la precariedad y la marginación, muestran que se está produciendo una "dualización" entre los trabajadores. La división interna

de la clase obrera no es nueva, pero durante la fase expansiva había una tendencia hacia la homogeneización mientras que hoy funciona al revés. Todo esto no constituye una victoria decisiva de la burguesía, pero es un avance para sus intereses.

En segundo lugar, la recuperación de la tasa de beneficio ha sido insuficiente también porque el crecimiento de la productividad es muy bajo en relación con las tecnologías existentes y las nuevas formas de organización del trabajo, pero se pueden señalar algunos elementos que matizarían este hecho. Primeramente, la última expansión cíclica se ha basado en los servicios, cuya productividad es menor, lo que ha empujado hacia abajo el crecimiento de la productividad global, pero no quiere decir que la de la industria no esté creciendo. Asimismo, no hay una realización integral de los cambios tecnológicos por la incapacidad del capitalismo para incorporarlos (son métodos más costosos y difíciles de generalizar, implican una penetración más lenta, etc.), pero la potencialidad existe. Finalmente, el cambio que se ha producido en la norma salarial permite compensar en la tasa de beneficio el menor crecimiento de la productividad.

En tercer lugar, la forma en que se ha sostenido la demanda, a pesar del bajo crecimiento de los salarios, también supone un cambio significativo. Durante la fase expansiva se había establecido una regulación mediante la cual la participación de los salarios en la renta se mantenía y la producción y la demanda crecían armónicamente impulsadas por el consumo salarial. Ahora, cuando se produce crecimiento, los salarios no se benefician de él, sino que lo hacen los beneficios. El consumo que proviene de los salarios no crece, pero el sistema financiero está canalizando una parte del excedente generado en las empresas hacia el consumo no salarial. En efecto, las dificultades para encontrar inversiones productivas rentables hace que grandes flujos de capitales se dirijan hacia el sistema financiero, que se está inflando considerablemente. Pero a través de los altos tipos de interés, parte de los beneficios termina llegando a las familias ricas que aumentan su consumo. La "financiarización" creciente de la economía desempeña el papel de facilitar el consumo, amortiguando los efectos negativos que tiene la distribución de la renta contraria a los salarios en la realización de la plusvalía, por falta de demanda.

Finalmente, se puede detectar un "nuevo dualismo", esto es, una tendencia al fraccionamiento de las economías en dos sectores: por un lado, la industria moderna y algunos servicios informatizados o informatizables caracterizados por crecimientos elevados de la productividad, débil creación de empleo y relativamente altos salarios, y, por otro el resto de los servicios con baja productividad más abrigado de la competencia, creadores de empleo, pero más precario y con menores salarios. Esta dualización es necesaria para que pueda funcionar la reproducción del capital dado los cambios que se han señalado más arriba. En efecto, durante la última expansión cíclica, la contradicción entre la recuperación de la tasa de beneficio y el mantenimiento de la demanda ha podido ser salvada porque el consumo no salarial ha sustituido al salarial. Pero esta no puede ser una solución permanente, por lo que, a largo plazo la única solución es desconectar la determinación de la tasa de beneficio del mantenimiento de la demanda mediante un nuevo dualismo: por un lado un sector competitivo, con un fuerte crecimiento de la productividad y alta tasa de beneficio. Por otro, un sector no sometido a las exigencias de la rentabilidad, que es el creador de empleos.

En conclusión, para estos autores, la fase recesiva se ha caracterizado por una caída menos brutal que en otras ondas anteriores y ahora estamos en una fase intermedia prolongada en la que el dualismo creciente puede desempeñar lo que el fascismo en la onda larga anterior. La nueva expansión lo será a costa de la degradación de las condiciones de vida de una gran parte de los trabajadores, de forma que el capitalismo no será "progresivo". Pero se puede dar una salida de la fase recesiva sin un gran salto en la acumulación y el crecimiento porque el capitalismo encuentre una forma de estabilidad social distinta a la de los años 50 y 60. Un crecimiento sostenido aunque sea débil, le puede permitir un cierto apoyo social, estabilizar las relaciones sociales y obtener un cierto consenso y legitimación a pesar del dualismo, y además, siempre queda el recurso de la coerción. Pero, de todos modos, estas bases todavía no están definitivamente sentadas: tiene que haber un desgaste de la clase obrera aún mayor para que la gente acepte cualquier empleo. No todo será fácil para el capitalismo, pero es el modo en que está tratando de salir de la crisis.

¿Nuevos mecanismos reguladores?

Las opiniones sobre la situación -los resultados moderados obtenidos por el capitalismo en la última recuperación, creciente "financiarización", dualización social, insuficiente recuperación de la tasa de beneficio, elementos de inestabilidad-, basadas como están en un examen de las condiciones económicas y sociales dominantes en la mayoría de los países, constituyen un substrato común de toda la izquierda. Igualmente parece ser una idea compartida que no se da la circunstancia para que el capitalismo emprenda una recuperación vigorosa, preludio del inicio de una nueva onda expansiva. Sin embargo, la cuestión de si hay una senda estable para el capitalismo es bastante discutida. Los regulacionistas creen que sí y piensan en ella como el futuro lógico y previsible. Por nuestra parte, aunque sería muy atrevido considerar ese futuro como descartable, sostenemos que los cambios no tienen la importancia que se les asignan y que no son muy diferentes de los que se han producido en otras fases de crisis del capitalismo, pronosticando que no cabe esperar un período estable para la economía del sistema. Como en otros momentos históricos equiparables, el desenlace será previsiblemente más convulso y no ajeno a acontecimientos políticos y sociales de gran trascendencia, en los que desempeñaría un papel decisivo la lucha de clases.

Uno de los problemas del "regulacionismo" es que tiende a interpretar como características específicas de un período lo que no son sino rasgos generales de cualquier situación de crisis, lo que le lleva a generalizaciones abusivas y a dar importancia crucial a algunos fenómenos. Esto es lo que ocurre con el "neodualismo", un fenómeno que no es nuevo en las crisis del capitalismo y que no debiera considerarse un mecanismo de regulación específico de la actual². El paro como primera expresión de esa dualidad ha sido masivo en otras etapas históricas, y la secuela de debilitamiento y segmentación de la clase obrera, sobre explotación de algunos sectores, degradación de las condiciones laborales, son manifestaciones usuales en cualquier crisis. Históricamente por vía de la dualización no se ha conseguido un aumento suficiente de la tasa de explotación que permita una recuperación de la tasa de beneficio catalizadora de un cambio de tendencia.

Del mismo modo, los "regulacionistas" hacen hincapié en la importancia de las nuevas "normas salariales", con la recuperación del poder adquisitivo como objetivo frente al mantenimiento de la participación en la renta (aumentos de los salarios equivalentes al de la productivi-

dad) del pasado. Pasando por alto que la "norma salarial" en un concepto "regulacionista" muy problemático, no parece que sea algo novedoso que en tiempos de crisis los trabajadores estén en condiciones menos favorables para negociar sus salarios. Además, en lo que respecta al período actual, cabe resaltar algunos hechos que limitan el alcance de los avances logrados por el capital. Durante los años ochenta, los salarios han crecido por debajo de la productividad en la mayoría de los países, pero esta situación se ha revertido en los últimos años en algunas economías, pues no en balde se ha ido agotando el discurso de los gobiernos que asegura a los trabajadores que la moderación salarial era la vía para lograr la recuperación económica y acabar con el paro. Por otra parte, los salarios se han desacelerado a lo largo de la década pasada, pero también lo ha hecho la productividad, de modo que la diferencia que ha podido obtener el capital, en torno al 1%, no puede considerarse una gran mordida. Por la vía de la regulación de los salarios, habrá que concluir, no se están sentando las bases de una salida a la crisis.

El tema de la baja productividad es más importante para la evolución del sistema de lo que sugieren los "regulacionistas". Por la "regla salarial dominante" podrá parecer inocuo, pero ya hemos destacado que la regla no está estabilizada ni ha proporcionado grandes ventajas en la redistribución de la renta. Adicionalmente hay que tener en cuenta que la tasa de beneficio no es independiente de la productividad: aumenta proporcionalmente con ella así como con la distribución de la renta a favor de los beneficios, en tanto que disminuye cuando crece la intensidad de capital³. Desde el punto de vista de la demanda, no es indiferente el avance de la productividad, ya que, para una diferencia dada entre el crecimiento de la productividad y salarios, no es lo mismo el nivel que mantengan ambas variables. Tampoco es despreciable la cuestión política de que el sistema aparecerá tanto más progresivo y su aceptación será tanto mayor cuanto más productivo sea.

Financiarización o hipertrofia financiera

Sobre el tema de la hipertrofia financiera cabrá matizar las posiciones "regulacionistas" en un doble sentido. Por un lado, restándole importancia al papel que se le asigna como vía para resolver la contradicción de la demanda. Por otro, realzando la inestabilidad que ha introducido en el sistema, que dista de haberse desactivado. Ha sido un rasgo en la historia del capitalismo que en las fases de prolongado estancamiento,

a falta de una rentabilidad suficiente del capital en la esfera productiva, se desarrollan actividades especulativas que implican un mecanismo de explotación adicional de los trabajadores. Esto no es nuevo, aunque no está de más resaltar que la explotación por esta vía burda nunca ha sido un procedimiento para superar las ondas largas depresivas, no le aporta estabilidad al sistema y le resta parte de la legitimidad conseguida a través de la explotación aséptica que proporciona la "neutralidad y eficiencia del mercado", incluido el de la fuerza de trabajo.

Pero, por otra parte, la "financiarización" de la economía es algo más complejo que un mecanismo de regularización. El extraordinario desarrollo de la actividad financiera que ha tenido lugar en la última fase de expansión y las alzas especulativas en los mercados de valores y el sector inmobiliario, que todavía no se han desinflado, constituyen una bomba de relojería adosada al sistema, que puede estallar en cualquier momento y provocar una crisis de alcance imprevisible. Multitud de nuevos instrumentos financieros, de nuevos mercados, de nuevas instituciones y de nuevas operaciones han convertido al capitalismo en un enorme casino, donde masas astronómicas de capitales errantes, sin apenas relación con los flujos reales a los que centuplican, buscan rentabilidades a través de apuestas especulativas que se suceden las veinticuatro horas del día. La inestabilidad intrínseca de todo ese montaje es indiscutible y es así como en los últimos tiempos se han vivido algunas conmociones financieras -el crash de los mercados de valores en 1987, la repetición en 1989, el pánico desatado en algunos otros momentos como al estallar el conflicto del Cercano Oriente, la caída en más de un treinta por ciento de la Bolsa de Tokio desde 1990- que deben interpretarse como preavisos de algo que está por ocurrir: la desactivación de la burbuja financiera que se ha creado. La magnitud que ha cobrado la esfera financiera supera cualquier otra etapa histórica, incluidos los años que precedieron a la gran depresión del 29. Los niveles de las cotizaciones de las principales bolsas, a excepción de la de Tokio, están todavía más altos que antes del crash de 1987, después de haberse recuperado de aquellas jornadas y otras de cariz parecido. Por esos niveles, que dan una rentabilidad de las acciones muy por debajo de los tipos de interés en los mercados financieros sin que existan expectativas de plusvalías, por el carácter especulativo que tienen y por la volatilidad que han adquirido las operaciones y los movimientos de capitales, no pueden descartarse nuevas convulsiones financieras. Antes de que se inicie otro ciclo expansivo como el de los años ochenta y, sobre todo,

antes de que se emprenda una onda larga expansiva, parece imprescindible un saneamiento del sistema que destruya parte del capital financiero. Ninguna recuperación firme puede desarrollarse con la rémora de la hipertrofia y la degeneración financiera que han tenido lugar.

Así, pues, sin perjuicio del papel que la "financiarización" haya desempeñado en los últimos años como regulador económico, por el que ha podido cerrarse la brecha entre la producción y la demanda en la condiciones dadas de distribución de la renta, en nuestra opinión, este efecto, ni ha sido muy importante ni puede ocultar la dimensión desquiciada que ha adquirido la esfera financiera. El desarrollo de ésta como un mecanismo de sostener la expansión económica repite otras etapas históricas del capitalismo, pero magnitud y características reflejan condiciones específicas de su actual estadio de evolución -internacionalismo del capital, descomposición del sistema monetario internacional, desregulación de los mercados-, que hacen más inestable y peligroso el castillo de naipes levantado con la expansión financiera y crediticia. Como se indicaba, no parece posible una nueva onda larga expansiva sin un previo saneamiento, y probablemente ni siquiera una recuperación coyuntural.

¿Una salida "rampante" de la crisis?

Algunos "regulacionistas" sostienen que el capitalismo se encuentra en una fase de transición entre una onda larga recesiva y otra expansiva, esto es, que se estaría produciendo una salida "rampante" de la crisis. Desde nuestro punto de vista, esto no es correcto. Como hemos tratado de exponer, no sólo no hay cambios decisivos que permitan afirmar que se han creado o se están preparando las condiciones para que el capitalismo inicie una onda expansiva -lo que sería compartido por los "regulacionistas", pues no en balde hablan de una fase de transición-, sino que las regulaciones internas ni siquiera están asegurando una fase estable de moderado crecimiento. La inestabilidad será un rasgo dominante del próximo futuro, tanto en la superficie -débil crecimiento, paro creciente, desavenencias interimperialistas, tendencias proteccionistas, agitación financiera- como en el fondo del sistema -posibilidad de una recesión generalizada, deterioro de la situación social, crisis financieras-. No hay mecanismos que garanticen una reproducción y una acumulación sostenidas, aunque sea a un ritmo más bajo que durante las ondas largas, pero, al mismo tiempo, no cabe pensar que podrá prolongarse indefinidamente esta situación.

La "dualización" social, a la que tanta importancia se concede, es un proceso que tiende a enfrentar a las clases. La burguesía tratará de aprovechar el debilitamiento de los trabajadores para imponer la política necesaria para salir de la crisis. Para remontarla es necesaria una drástica recuperación de la tasa de beneficio y, por consiguiente, de un aumento sensible de la tasa de explotación, que requiere, a su vez, de un cambio agudo de la relación de fuerzas entre las clases, o, si se quiere, de una derrota política de los trabajadores. Los efectos corrosivos de la crisis debilitan a la clase obrera, pero la derrota no es inexorable. Los trabajadores, por su parte, enfrentados a una degradación continua de su situación sin expectativas de mejora, pueden ofrecer una resistencia tan enconada y librarse tan duras batallas que hagan desistir a la burguesía de sus proyectos para no poner en peligro su interés supremo de defender el sistema. En este caso, se produciría un giro en la orientación de la política económica en el que el liberalismo como doctrina y el mercado como panacea serían las víctimas, dando paso a una política intervencionista del Estado y de sostentamiento de la demanda, recuperándose, como una forma de ganar tiempo, la tradición keynesiana.

Madrid, Marzo 1992

Notas

1. Véase Aglietta, Michel: Regulación y crisis del capitalismo, Madrid, Siglo XXI, 1979, Boyer Robert: La theorie de la régulation, une analyse critique, París, 1986 y, en general, los estudios llevados a cabo en el CEPREMAT (Centre d'études prospectives d'économie mathématique appliquées a la planification) y en el GRESP (Groupe de recherches et d'études sur les systèmes productifs).

2. Algunos fenómenos que se están dando en la actual crisis, como la precarización, los bajos salarios en algunos sectores o la segmentación de la clase obrera, nos parecen nuevos, pero no lo son en absolutos. Durante los años 30, por ejemplo, eran legiones los trabajadores a destajo que no sabían por la mañana si ese día iban a ganar un jornal o no y las desigualdades salariales eran enormes: entre los que cobraban semanalmente y los que lo hacían por meses, entre destajistas y trabajadores fijos, entre empleados privados y funcionarios, etcétera. En un período en el que se producían deflaciones de precios, muy a menudo los intereses inmediatos de unas capas de trabajadores y otras no coincidían (los destajistas, por ejemplo, veían reducirse sus ingresos conforme bajaban los precios, lo que no ocurría con los empleados y los funcionarios, cuyo poder adquisitivo aumentaba mes a

mes). Véase al respecto: Kindleberger, C.P., La crisis económica 1929-1939, Madrid, Editorial Crítica, 1985.

3. Lo anterior se puede comprobar con unas sencillas fórmulas. Sean, r : tasa de beneficio; Y : PIB; B : beneficios; K : capital; L : empleo. Tendríamos:

La tasa de beneficio es directamente proporcional a la participación de los beneficios en el PIB (B/Y) y la productividad (Y/L) e inversamente proporcional a la relación capital/trabajo (K/L).

$$r = \frac{B}{K} = \frac{(B/Y)}{(K/Y)} = \frac{(B/Y)}{(K/L) / (Y/L)} = \frac{(B/Y) \cdot (Y/L)}{(K/L)}$$

Reproducido de Viento Sur No. 2, Marzo - Abril 1992, Madrid.

sous le drapeau du
socialisme

